**EL TIEMPO ENROSCADO**

**Igor Quevedo Aragay**

Punto Rojo Libros

www.puntorojolibros.com

**El tiempo enroscado**

Igor Quevedo

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-16513-95-6

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2015 Igor Quevedo

© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del

copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total

de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el

tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler

o préstamos públicos.

**Índice**

Prefacio .............................................................................13

Introducción .....................................................................17

El tiempo de los hombres grises........................................25

La tiranía de Chronos .......................................................31

La eternidad de Aión ........................................................39

Kairós, el desgarro del tiempo ..........................................77

Bibliografía .......................................................................85

*La diferencia entre el pasado, el presente y el futuro es sólo una ilusión*

*persistente.*

*Albert Einstein*

**PREFACIO**

En el presente ensayo he osado adentrarme a través de la filosofía

a las familiares orillas, que no por eso menos extrañas, de ese

mar misterioso e inmenso que llamamos tiempo.

Esa arena mojada de contradicciones que me ha hecho reflexionar

y constatar que por mucho que se haya calculado, escrito,

poetizado, pintado o simplemente hablado, del tiempo y su naturaleza,

en realidad sabemos muy poco.

Por eso cuando más indagaba sobre esta temática, más inquietud

y necesidad tenía de escribir y plasmar con palabras mis interiores

reflexiones. De esta manera de una forma simple y clara,

he pretendido aportar mi modesto granito de arena a esta gran

playa mojada en la que todos nuestros grandes pensadores han

hecho castillos de arena.

Gracias a la reflexión y al pensamiento de todos estos genios, he

sacado mis conclusiones, deducciones e intuiciones, partiendo

de la dialéctica de un presente que nunca cambia, nunca deja de

ser presente y que sin embargo todo lo que envuelve incluido

nosotros, cambia, evoluciona y se transforma.

Decía Platón que “el tiempo es un movimiento inmóvil”, no

obstante; no por ser inmóvil deja de afectarnos y cambiarnos

con su devenir, con su irremediable tendencia a la caducidad,

llevándonos de la primera a la última casilla de este juego que

es la vida.

Su manifestación es el cambio, pero ¿cuál es su verdadera esencia?,

¿por qué vivimos el “ahora” como un estado perpetuo temporal,

mientras todo se mueve?

Quizás la misma traslación del eje terráqueo que en la actualidad

desde el ecuador es de 1600 km/h y no nos afecta ni notamos

en lo más mínimo, nos sirva de ejemplo. Vivimos en el cambio

constante y ello lo percibimos como quietud, solo podemos

percibir la aceleración del movimiento partiendo de ese cambio

constante, por eso el tiempo en su “latir” es siempre la misma

quietud del fluir eterno del “ahora”.

He intentado dar respuestas a todas y cada una de esas grandes

preguntas estructurando el ensayo con cuatro apartados más la

introducción, quedando de la siguiente forma:

―**INTRODUCCIÓN**

―Apartado primero: **EL TIEMPO DE LOS HOMBRES GRISES**

**(El tiempo artificial)**

―Apartado segundo: **LA TIRANÍA DE CHRONOS**

**(El tiempo ontológico)**

―Apartado tercero: **LA ETERNIDAD DE AIÓN**

**(El tiempo de la física)**

―Apartado cuarto: **KAIRÓS, EL DESGARRO DEL TIEMPO**

**(El tiempo subjetivo)**

Esperando de esta manera haber llegado al corazón del asunto,

sin perder el hilo de la argumentación y la gracia del mismo

texto.

*…¿Quién podrá detenerle y fijarle, para que se detenga un poco y capte*

*por un momento el resplandor de la eternidad, que siempre permanece,*

*y la compare con los tiempos, que nunca permanecen, y vea que es incomparable,*

*y que el tiempo largo no se hace largo sino que todo es presente,*

*al revés del tiempo, que no puede existir todo el presente; y vea,*

*finalmente, que todo pretérito es empujado por el futuro, y que todo*

*futuro está precedido de un pretérito, y todo lo pretérito y futuro es*

*creado y transcurre por lo que es siempre presente? ¿Quién podrá detener,*

*repito, el corazón del hombre para que se pare y vea cómo, estando*

*fija, dicta los tiempos futuros y pretéritos la eternidad, que no es*

*futura ni pretérita?...*

San Agustín *Confesiones LibroXI*

**INTRODUCCIÓN**

Desde que estamos dormidos, hay un momento en que empezamos

a soñar. En ese preciso instante, no sabemos cuándo ni

cómo, pero estamos ahí, hemos aparecido de la nada y tampoco

nos preguntamos qué narices hacemos ahí, simplemente estamos

en ese mundo diseñado por nuestro subconsciente, esa es

la naturaleza del sueño.

Y solo con nuestro despertar reconocemos que estábamos soñando,

que no es la realidad y atamos los cabos sueltos, suspirando

por la nostalgia de un sueño deliciosamente “prohibido”,

antes de ir a trabajar. O alegrarnos por haber salido de

una horrible pesadilla.

Pues bien, si nos paramos a pensar con la realidad ocurre algo

similar, vivimos en una especie de principio sin inicio que hace

que nuestra consciencia no sepa cómo ni cuándo hemos llegado

a donde estamos. Es decir, sabemos que hemos sido concebidos

por nuestros padres y que gracias a nuestra madre hemos aparecido

al mundo. Pero todo eso no lo recordamos, todo eso nos

lo han contado, desde que momento somos plenamente conscientes

del aquí y el ahora, del lugar y el tiempo que ocupamos

en nuestra existencia.

Es un misterio, en cada uno es distinto; sin embargo, tarde o

temprano a los pocos años de nuestra existencia, en un momento

determinado, nos vemos a nosotros mismos y a todo lo

que nos rodea. Y en ese momento, poco a poco, observamos que

el mundo no es estático y que nosotros tampoco lo somos. Por

eso, con el pasar de los años de nuestra infancia, celebramos con

gran jubilo el día de nuestro nacimiento, como un regalo de la

vida, que nos hace crecer y desarrollarnos como personas.

Hasta que llega un día que realmente lo comprendemos y nos

damos cuenta que vivimos en un tiempo que se evade a cada

instante dejando el rastro del cambio en todo, incluido en nosotros.

Tarde o temprano, esta misma vida que nos ha sido regala

por nuestros padres y la naturaleza, un día esta última nos la

arrebatará. Porque esa es la norma y nosotros no somos la excepción.

Es entonces cuando apreciamos el tiempo como algo extraño,

como algo que no nos pertenece, no entendiendo que nuestro

ser está hecho de tiempo, nuestro corazón, nuestra forma de ver

el mundo. Medirlo y entenderlo, solo es posible a través del

tiempo que en el fondo es la esencia de la realidad.

Por eso nuestra memoria lucha contra esa misma realidad que

cambia constantemente.

Da batalla con todas sus fuerzas para mantener el legado de lo

que ha acontecido, la narración de los hechos pasados, la historia.

Y sin embargo, en el fondo, son solo ecos del tiempo pasado que

remontamos con la nostalgia de nuestra memoria, reviviendo la

fragancia de esos momentos como un flash que al instante desaparece,

para retornar al lugar de donde en realidad nunca nos

hemos ido, el tiempo presente.

No somos dueños de nuestro tiempo, nunca lo hemos sido, esa

es la dura realidad. El tiempo se nos escapa en su textura cambiante,

nada permanece, todo tiende a la “oxidación” por el simple

hecho de existir en este mundo.

Ese es el porqué de la invención de la escritura y con ella la historia,

que no es sino un vano esfuerzo, una pequeña rebelión

contra el Dios del tiempo efímero, del tiempo finito y del tiempo

mortal. Tal como dice Emilio Lledó en su libro: *El surco del*

*tiempo*: “El pensamiento individual, hecho escritura, adquiere

así resonancia colectiva. El ser concreto y personal se hace lenguaje

y el diálogo, que, en cada tiempo, establece con los individuos

que toman de nuevo consciencia de esa escritura, no es

sino una parte de la totalidad de un inmenso dominio comunicativo

que se convierte, efectivamente, en cultura...”.

“Escribir es ya el reconocimiento de una inevitable ausencia;

aceptar que no podremos estar en ese indefinible lugar hacia el

que toda escritura se dirige. Porque no podremos llegar allí, escribimos.

Un gesto desesperado hacia la nada...”.

Esa “nada”, tal como dice Emilio Lledó, por desgracia, con el

pasar de los días, terminará por ganarnos la batalla. Y con su

inmortal olvido borrará nuestras huellas, como una ola limpia

los rastros de los caminantes.

Pero eso será dentro de mucho tiempo, esperemos que nuestra

estupidez autodestructiva como especie humana, no se avance

a los acontecimientos.

De momento, nuestra memoria, la escritura y cómo no, nuestra

historia, seguirán siendo nuestros baluartes y nuestra identidad

en este mundo cambiante.

Por eso he tenido la inquietud de indagar en ese gran misterio

que llamamos tiempo y abrirlo por dentro con el bisturí filosófico

para sondear sus entrañas, sus secretos a veces difíciles de

entender.

La filosofía ha muerto, dicen algunos ilustres científicos de

nuestro tiempo, cuando la mayoría de sus trabajos tienen una

gran base filosófica. ¿Cómo, si no, podrían explicar lo inexplicable,

lo intangible y lo no demostrable? Es más, cuando la ciencia

cree hallar una respuesta, aparecen otras mil preguntas sin respuesta

que solamente recurriendo a la abstracción del pensamiento,

del por qué de las cosas, es cuando nace la filosofía que

nunca ha muerto. Porque gratamente en ella se hallan algunas

respuestas, o al menos posibles respuestas.

¿Pero por qué filosofar otra vez sobre la naturaleza del tiempo?

Ya que es verdad, que mucho se ha escrito ya en la antigüedad

y en la modernidad sobre el concepto del tiempo. Pero a mi entender,

su naturaleza sigue siendo todo un inquietante misterio.

¿Quién no ha pasado por delante de una residencia de ancianos,

viendo la sombra de su destino en las etapas finales de ese gran

camino que es la existencia?

La vejez, como parte de esa madurez que el tiempo nos arrebata

poco a poco, sin pedirnos permiso, dejándonos un cuerpo cansado

y dolorido después de décadas batallando por los frutos

de la vida, como pueden ser: el amor, la familia, la amistad, proyectos

personales y/o colectivos. Esa “generosidad” (entre *comillas*,

ya que generalmente nos viene innato de forma instintiva),

es nuestro duro trabajo contra el tiempo. Es a la misma vez,

nuestra mejor arma, nuestra esperanza hacia el futuro incierto.

En esta línea existe un *haiku* de Marius Palmer, que dice:

*Esto no es un poema,*

*sino un puente,*

*entre dos orillas,*

*donde no fluye agua,*

*sino tiempo.*

Sea pues nuestra generosidad ese “puente” que enfoca al futuro

desde el mismo presente. Aunando esfuerzos, no ya como personas,

sino como comunidad, para no dejar caer a la “vejez”

(nuestra sabiduría del pasado, encarnada en nuestros antecesores),

en el abismo de la soledad del olvido.

Esa melancolía de la vejez, que tan bien nos describe otra vez

Emilio Lledó en su mismo libro: *El surco del tiempo*: “Los <<jardines

de Adonis>> de la memoria son aquellos en los que resbala

el tiempo sin posibilidad de dejar rastro alguno cuando llegue

el olvido de la vejez…”

*Porque lo grave no es ese olvido que llega en la vejez, sino el olvido que*

*alcanza a los frutos de la vida en aquel tiempo en que debiera madurar.*

*Olvido no es, en este caso, pérdida de memoria, sino imposibilidad de*

*adquirirla, imposibilidad de que el presente no se consuma todo en el*

*instante mismo en que es percibido…*

*El tiempo no asienta su madurez en la mente, lo que habría de llegar a*

*ser la suma de todos los instantes sidos. El “instante” es principio y fin*

*de sí mismo. En su principio está ya el momento mismo de su desaparición,*

*y éste no acumula más que una sucesión incapaz de sumar otra*

*cosa que la simple y vacía identidad de sus repeticiones.*

*Solo la memoria, consciente o inconsciente, deja entreabrir otra forma*

*de respuesta al inerte eco de la simple repetición. La memoria, aglutinadora*

*de la experiencia que acarrea la fluencia de los instantes, entresaca*

*de la monótona forma del tiempo la variedad de sus contenidos.*

No somos más que esa “materia” que moldea los instantes del

tiempo. Como “relojes” que somos del tiempo, nuestro cuerpo

es la evidencia de que nada permanece y que la gran corriente

sigue su *fluir* eterno, sin detenerse en nada. Y lo que es más importante,

cómo percibimos ese devenir cambiante, cómo puede

ser que siempre vivamos el presente y este a su vez cambie constantemente.

He intentado dar respuestas a todas y cada una de esas grandes

preguntas con cuatro apartados, tres de ellos, recurriendo una

vez más a la mitología de la antigüedad clásica, como símbolo

poderoso de nuestra historia y el primer apartado a la literatura

contemporánea, con Michael Ende y su libro *Momo.*

En este primer apartado, he escogido el nombre del *Tiempo de*

*los hombres grises*, porque hago un reflejo del tiempo inventado

por los humanos, cómo nos afecta este frenesí, esta aceleración,

esta prisa perpetua.

En el segundo apartado con *La tiranía de Chronos*, describo al

Dios del tiempo del devenir secuencial, del cambio constante,

momento a momento.

En el tercer apartado con *La eternidad de Aión*, profundizo en el

tiempo eterno a través de la relatividad de Einstein y de un

tiempo cosmológico que nos arrastra en una sola dirección y en

un solo plano: el presente.

El cuarto y último apartado lo dedico a la recuperación del

ahora, de la vida. Con *Kairós, el desgarro del tiempo*, analizo el instante

determinado en el que por un momento nos adueñamos

del tiempo y podemos moldear nuestro destino. Dejando múltiples

puertas abiertas, que espero venzan por un tiempo la fatalidad

a la que nos vemos abocados y sepamos aprovechar

nuestro mejor momento.